Los mártires de Nagasaki

por fray Frank Dumois, OFM

Monumento a los mártires de Nagasaki.

El nombre de la ciudad japonesa de Nagasaki recuerda al mundo entero el genocidio perpetrado por la bomba atómica el 9 de agosto de 1945 para provocar la rendición de Japón. Pero para la historia de la Iglesia trae el recuerdo de las 26 cruces de los mártires de la cristiandad japonesa que derramaron su sangre por Cristo. Ellos representan a los mártires del Extremo Oriente que han muerto por la fe. “Las Actas de los mártires del Japón, China, Vietnam o Corea no desmerecen un ápice de las primitivas Iglesias. Se encuentran en ellas la misma dignidad, la misma fe y amor y la misma alegría, puesto que es también el mismo Espíritu el que, a lo largo de los siglos, habla por boca de los testigos de Jesús” (Misal del Vaticano II, tomo II, 1973; 6 de febrero, p.1365).

Entre los mártires se encontraban misioneros, europeos –jesuitas y franciscanos– así como religiosos japoneses, entre ellos san Pablo Miki, S.J. y dos de sus catequistas.

Entre los franciscanos estaban Pedro Bautista y cinco hermanos más. Entre ellos san Felipe de Jesús, protomártir mexicano que trataremos aparte. Además había 17 terciarios franciscanos: catequistas, intérpretes, dos médicos y hasta algunos niños: Luis de 12 años y Andrés de 13.

San Pedro Bautista Blázquez nació en un castillo en la diócesis de Ávila, en 1545, de una de las familias nobles de Castilla. En su ciudad natal hizo sus primeros estudios para después pasar a la célebre universidad de Salamanca. Llamado por Dios a ingresar en los franciscanos encontró oposición en la familia, pero al fin logró su propósito y al cabo de tres años profesó como fraile menor en el convento de Arenas. Terminados los estudios de filosofía y teología fue ordenado sacerdote. Por sus dotes fue profesor de filosofía y superior de algunas comunidades. Su espíritu misionero lo llevó a pedir que le enviaran a México en 1580. Lo logró y durante tres años de fecunda actividad fundó varias casas. En 1583 zarpó para Filipinas como guardián de los frailes. Allí realizó una notable labor apostólica que admiraron religiosos y laicos. Su

interés por proteger a los indígenas chocó contra las ambiciones de los poderosos, a quienes enfrentó con gran valor.

En 1593 fue enviado con cinco frailes más a Japón como embajador de Felipe II, rey de España. Durante un año estuvo prácticamente confinado en una casucha, viviendo entre sufrimientos e incomprensiones. Después logró el permiso de predicar el evangelio libremente.

Al cabo de dos años de intenso apostolado con los otros frailes, fundó un convento en Kyoto, luego dos hospitales para pobres y leprosos, y casas franciscanas en Osaka y Nagasaki. Obtuvo numerosas conversiones que vislumbraban una floreciente cristiandad. Pero la envidia de los bonzos y las rivalidades comerciales entre portugueses y españoles impulsaron al emperador Taicosama a ordenar la expulsión de los misioneros cristianos y de los más celosos colaboradores japoneses.

El 24 de julio de 1587 Taicosama promulgó un edicto prohibiendo el cristianismo. Con todo, los misioneros continuaron su actividad, aunque vigilados por espías del emperador.

Monumento a Pedro Bautista.

San Pedro Bautista, otros religiosos y algunos cristianos fueron capturados el 8 de diciembre de 1596. Hasta finales de mes permanecieron en la cárcel de Meaco. Antes de trasladarlos a Nagasaki los recorrieron por las calles de la ciudad en un carro, en medio de las burlas de los paganos.

Afortunadamente se conservan cartas de san Pedro Bautista, camino del martirio. Entre el 4 de enero y 2 de febrero de 1597 escribió:

“A seis hermanos de los que acá estamos nos han tenido presos muchos días, y nos sacaron por las calles públicas de Meaco con tres japoneses de la Compañía, uno de los cuales era hermano recibido ya, y otros cristianos, que por todos somos veinticuatro. Y después de esto se dio sentencia que nos crucificasen en Nagasaki, donde ahora vamos de camino por tierra, que son más de cien leguas de Castilla, por ser en este mes y llevarnos a caballo, y muy bien guardados, porque llevamos algunos días más de doscientos hombres para nuestra guardia. Con todo eso, vamos muy consolados y alegres en el Señor, porque la sentencia que se dio contra nosotros dice que porque predicamos la ley de Dios contra el mandato del rey nos mandan crucificar, y a los demás por cristianos.

San Pablo Miki.

”Los que tuvieren espíritu de morir por Cristo ahora tienen buena ocasión. Lo que yo siento es que se animarían mucho a los cristianos si por acá viesen religiosos de nuestra Orden; aunque puede tener por cierto que, mientras durase este rey, no se conservarán muchos días en Japón en nuestro hábito, porque luego los trasladarán a la otra vida, ad quam nos perducat.

”La sentencia que se dio contra nosotros la traen públicamente delante de nosotros, escrita en una tabla. Dice que porque hemos predicado la ley de Nuam contra el mandato de Taicosama, y que llegando a Nagasaki nos crucifiquen; por lo cual estamos muy alegres y consolados en el Señor, pues que por predicar su ley perdemos las vidas. Venimos seis frailes y

dieciocho japoneses, contenidos en la sentencia; unos por predicadores y otros por cristianos. De la Compañía de Jesús viene un hermano y un dóxico y otro hombre.

”Sacáronnos de la cárcel y subiéronnos en unas carretas, y a todos los dichos cortaron a cada uno un pedazo de una oreja, y así nos pasearon por las calles de Meaco, con mucho aparato de gente y lanzas. Volviéronnos a la cárcel, y otro día nos llevaron bien atados, las manos atrás, y a caballo, a Usaca; y otro día nos sacaron de la cárcel y nos pasearon en caballos por las calles de la ciudad, y nos llevaron a Usaca; y allí hicieron lo mismo, y con pregón público en otras tres ciudades. Entendimos que nos quitarán las vidas, pero a la vuelta supimos en Usaca que mandaban viniésemos a Nagasaki a lo dicho.

”Por amor a Dios pedimos todos con mucho fervor oren por nosotros, que el viernes que viene, creo, sin falta nos crucificarán, según lo que acá he oído. En ese mismo día nos cortaron en Meaco parte de una oreja. Por grandes mercedes de Dios tenemos todo lo dicho. Ayudas, hermanos carísimos, de oraciones, para que sean gratas a Su Majestad nuestras muertes, que en el cielo, donde esperamos, ir, Deo volente (si Dios quiere) seremos gratos, y acá no he estado olvidado de vuestras caridades, antes los he tenido y tengo en mis entrañas. Adiós, hermanos carísimos, que no hay lugar para más. Usque in coelum. Mementote mei (Hasta el cielo. Acuérdense de mí).”
La crucifixión ocurrió el 5 de febrero de 1597. Pero la fiesta de los mártires es al día siguiente por ser el 5 la fiesta de la virgen y mártir santa Águeda.

San Pablo Miki nació en Japón entre el 1564 y 1566. Muy joven ingresó en la Compañía de Jesús. Predicó con mucho fruto el evangelio entre sus conciudadanos hasta la persecución y el martirio. También poseemos la crónica del martirio de san Pablo Miki y sus 25 compañeros.

“Clavados en la cruz, era admirable ver la constancia de todos, a la que les exhortaban el padre Pasio y el padre Rodríguez. El padre Comisario estaba casi rígido, los ojos fijos en el cielo. El hermano Martín daba gracias a la bondad divina entonando algunos salmos y añadiendo el verso: A tus manos, Señor. También el hermano Francisco Blanco daba gracias a Dios con voz clara. El hermano Gonzalo recitaba también en alta voz la oración dominical y la salutación angélica.

”Pablo Miki, nuestro hermano, al verse en el púlpito más honorable de los que hasta entonces había ocupado, declaró en primer lugar a los circunstantes que era japonés y jesuita, y que moría por anunciar el Evangelio, dando gracias a Dios por haberle hecho beneficio tan inestimable. Después añadió estas palabras: ‘Al llegar este momento, no creerá ninguno de vosotros que me voy a apartar de la verdad. Pues bien, os aseguro que no hay más camino de la salvación que el de los cristianos. Y como quiera que el cristianismo me enseña a perdonar a mis enemigos y a cuantos me han ofendido, perdono sinceramente al rey y a los causantes de mi muerte, y les pido que reciban el bautismo’. Y volviendo la mirada a los compañeros, comenzó a animarles para el trance supremo.

La vida y la muerte de los mártires son una invitación a asumir la vida cristiana con todos los sacrificios que lleva consigo en un ambiente hostil.

”Los rostros de todos tenían un aspecto alegre, pero el de Luis era singular. Un cristiano le gritó que estaría enseguida en el paraíso, Luis hizo un gesto con los dedos y con todo su cuerpo, atrayendo las miradas de todos.

”Antonio que estaba al lado de Luis, fijos los ojos en el cielo, y después de invocar los nombres de Jesús y María, entonó el salmo: ‘Alabad siervos al Señor’, que había aprendido en la catequesis de Nagasaki, pues en ella se les hace aprender a los niños ciertos salmos.

”Otros repetían: ‘¡Jesús!, ¡María!’, con rostro sereno. Algunos exhortaban a los circundantes a llevar una vida digna del cristiano. Con éstas y semejantes acciones mostraban su prontitud para morir.

”Entonces los verdugos desenvainaron cuatro lanzas como las que se usan en Japón. Al verlas, los fieles exclamaron: “¡Jesús!, ¡María!”, y se echaron a llorar con gemidos que llegaban al cielo. Los verdugos remataron en pocos instantes a cada uno de los mártires.”

Conclusión

La vida y la muerte de los mártires son una invitación a asumir la vida cristiana con todos los sacrificios que lleva consigo en un ambiente hostil, donde no faltan las burlas y las discriminaciones a veces muy dolorosas.

Fuente: PalabraNueva.net